PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Abril de 1920. Núm. XXII.—Año III.

# Tres mil siglos de modas femeninas

**Conferencia con proyecciones luminosas, leída a la Sociedad «Entre Nous», el 22 de junio de 1918**

Rompiendo el ciclo brillante de los oradores de alto vuelo que han dado a ustedes el hábito de oir la frase galana que engarza el pensar profundo, y tal vez, como entremés preparatorio de temas trascendentales, un amable pedido de "Entre Nous", explica la excepción que significa esta charla, que deseo corta por temor de no hacerla amena..

Condensar en breves momentos la evolución de la moda femenina, remontándose a través de los tiempos desde las creaciones de Madame Paquin, hasta el traje... que no era traje, es seguramente ardua tarea, y las dificultades crecen si se detienen ustedes un instante a pensar en la fragilidad y sutileza del tema.

La moda. ¿Quién se atrevería a definirla? Mucho he temido que mis rudas manos de cirujano, maculasen las aterciopeladas alas de tan brillante mariposa; grande es, pues, mi audacia, pero a tenerla me han inducido la amistosa presión moral de sus actuales directrices, y la esperanza de despertar en ustedes el más encantador de los defectos femeninos: la curiosidad.

¿No me perdonarán ustedes, acaso, ser pesado, tal vez en demasía, si les doy la ocasión de reirse un rato de las cosas feas, con que de tiempo en tiempo la mujer transformó su divina silueta, o de admirar las creaciones que subrayando su belleza diéronle más armas para vencer al hombre en esa desigual lucha entre nuestra rusticidad y su viveza, entre la maza de Hércules y el abanico de Ninón de Lenclos?

¡Pobrecitos los hombres! Mientras el mundo dure, entre el cejijunto y barbudo Padre Eterno y la rubia Anadiomena retorciendo su cabellera al nacer entre las espumas del mar Egeo, sólo vacilarán los Bienaventurados a quienes se asegura el primer puesto en el reino de los cielos.

No crean ustedes que es broma el título de esta charla. ¡Tres mil siglos, ni uno más ni uno menos! Siempre que los sabios paleontólogos que han hecho el cálculo no hayan recordado el mentir de las estrellas.

Sean tres mil siglos o algo menos, veamos cómo eran y cómo vestían nuestros remotos antepasados.

La Biblia, ese hermoso y archivetusto libro, en el que los espíritus traviesos dicen haber encontrado a montones anécdotas un tanto *shocking*, la Biblia, decía, nos cuenta que cuando Jehová, conduciéndose como un vulgar casero, intimó al pobre Adán, a causa de no sé qué travesura de nuestra madre Eva, el desalojo del Paraíso, sugirió a ésta, como compensación, un trajecito muy cómodo y muy liviano.

Pero, desgraciadamente, frente a la concepción bíblica de ese jardín encantado en el que, al parecer, hacía mucho calor, está la verdad científica que hace aparecer al hombre en una época de fríos intensos, de enormes masas glaciares, que transformaron a fondo las condiciones de vida en la tierra.

Y bien; de acuerdo con esas condiciones naturales, nuestro remoto abuelo... y también el de ustedes, gentiles espectadoras, no podía jamás desprenderse de su ropa.



Hélo ahí, al venerable antecesor de tanta cara bonita, y por su efigie podrán imaginarse cómo sería la de su dulce compañera.

Largos centenares de siglos pasan, los climas se modifican, el antropopiteco — gracioso nombre con que los austeros sabios han bautizado al *grand papá* de los hombres, se ha transformado en un hombre de verdad, un poco ñato, muy salvaje, muy bruto, que se alimenta con lo que caza o con lo que pesca, amenazado a menudo de que lo cacen o pesquen sus monstruosos contemporáneos animales.

Verdadero Prometeo conoce ya el fuego, y de él se sirve para endurecer la punta de sus armas de madera o para hacer estallar los huesos, cuya médula sorbe con fruición.

Es casi un artista, pues esculpe en astas de ciervo siluetas en cuyo firme dibujo podría inspirarse más de un delicuescente pintor modernista. Es muy pobre, vaga en cortas familias, vive en lóbregas cavernas, pero ya aparece un rudimento de coquetería en su compañera; trenza sus cabellos, cubre su cuerpo con pieles de animales, empieza a ser para el hombre algo más que su perro y su caballo. Probablemente, la galantería del hombre de aquellos tiempos, no iba más allá de permitirle que en las cacerías cargara con el botín, y en las marchas con todo el menaje; este cuadro de Cormón evoca fielmente una escena de aquellos lejanos tiempos.

---

Quién sabe cuántos milenarios abarca el oscuro e indocumentado período de las primitivas civilizaciones;

paso a paso, dejando girones de su carne en las zarzas del camino, arrebatando con lento y obstinado esfuerzo sus secretos a la inclemente Natura, el hombre va extendiendo su dominio sobre ella; su minúsculo, pero mejor organizado cerebro, es el instrumento de una conquista cuyos avances jamás se detendrán. Descubre los metales, sojuzga a los animales menos ariscos, aguza su ingenio perfeccionando en su beneficio las obras instintivas de las especies inferiores; en marcha irremisiblemente ascendente, condensa en grupos de densidad creciente, las errantes tribus de otrora, y del fondo de la lejana Asia, quién sabe si también de la muy vieja Pampa platense, asoman núcleos de perfeccionamiento humano, que plasman las primeras civilizaciones históricas.

En el viejo Egipto, hieráticos soberanos, astutos y clarovidentes sacerdotes regimentan la vida de millones de seres. Enjambres de *fellahs* de bronceada piel, construyen esos monumentos que desafían la ira del tiempo y de los hombres; la esfinge, las pirámides, las maravillosas construcciones de la isla de Philoé, hoy anegadas por el utilitarismo previsor de los anglo-sajones, son el prototipo de una arquitectura que da el diapasón de un estilo. La escultura, la pintura, los muebles y los trajes, todo acusa un mismo rasgo distintivo: la rigidez.

¿Cómo vestían las egipcias? Cubrían su cuerpo telas anudadas con escasa elegancia, sobre las que lucían alhajas pesadas, piedras preciosas rudamente engarzadas como a martillazos en láminas y bloques de oro.

Pasarán aún muchos siglos antes de que el arte egipcio ya en decadencia, nos dé esas filigranas, esos admirables camafeos, esos collares delicados que adornan el cuello de las profanadas momias.

La flor de loto, el escarabajo, el aspid, la incontable



florra y fauna sagradas, son los motivos favoritos de esos adornos.

Sin embargo, la suntuosidad semibárbara de sus monarcas debió dar un marco de singular grandeza a sus fiestas, para realzar la adoración con que, ante un pueblo sumiso y laborioso, creían justificar su origen divino.

La humanidad marcha.

Estamos en Grecia, en el país y en la época del más vivo, del más intenso culto a la belleza. Un Olimpo imponente que los griegos han poblado de ficciones amables, domina el mundo. Todo conduce al libre desarrollo de la mujer; desde niña, ejercicios gimnásticos razonados, dan a su cuerpo flexibilidad y armonía; la danza, complemento obligado de toda festividad religiosa, mantiene la gracia y la euritmia de los movimientos. Es dulce y bello vivir bajo el claro azul del cielo de Ática.

Es el tiempo inolvidable en que las ciudades se honraban ofreciendo a los escultores sus hijas más perfectas para modelos de la estatua de Venus Afrodita.

Vean ustedes la moda griega.

Una túnica más o menos larga, el *xitón:* un chal abierto para el paso de los brazos, el *epumis;* un manto largero, el *himmation.* Sólo tres piezas, pero ¡cuánta variedad, cuánta gracia en las mil maneras de combinarlas, ya en su forma, ya en sus colores!

Pero las extravagantes no pierden ocasión de destacarse. ¿Qué les parecen a ustedes estos sombreritos del tiempo de Pericles? ¡Cuántas hermosas niñas que creen lucir tocados modernistas no hacen sino *tornare all'antico!* Hace veinticuatro siglos he aquí lo que hacían los Moussion de la época.

La corta evolución histórica del pueblo griego demuestra hasta qué punto una raza refinada pudo en

tres siglos apenas, pasar de las concepciones artísticas casi informes de la arcaica Micena a las creaciones incomparables que perduraran eternamente. El siglo de Pericles, con razón llamado el Siglo de Oro, encierra en sus veinte lustros, una eflorescencia prodigiosa de productividad artística.

Al lado de las figuras radiantes de hermosura, frutos del genio de Apeles, Fidias y Praxíteles, quien podrá descubrir para hacerles figurar en plena luz, los nombres de esos artífices, tal vez simples artesanos que modelaron cada objeto de uso corriente con un gusto, con un amor, con un fino concepto estético que no tiene su igual sino en ese admirable *Cinquecento* del Renacimiento italiano. Es así fácil concebir que tal participación del arte en los más íntimos detalles de la vida usual, tenía que repercutir hondamente en el vestido, en el tocado, en toda la indumentaria de la mujer.

Minadas por la anarquía y la ausencia de sentimiento de nacionalidad, caen las repúblicas griegas, pero el espíritu helénico perdura y se transforma. Una nueva era se inicia para la Historia.

Un minúsculo pueblo, originario del centro de Italia, provisto de la más formidable reserva de energías de que haya dado ejemplo la humanidad, desborda como mancha de aceite sobre el mapa del mundo antiguo. Todo se doblega ante las legiones romanas, los centuriones pasean su cota de cuero, los lictores enarbolan el hacha hastada por toda la Europa; el Norte de Africa y buena parte de Asia, conocen por largos siglos, los beneficios de la Paz romana.

Roma, madre fecunda de la civilización moderna, es el luminoso faro que guía en su ruta a los sabios, a los pensadores, a los poetas, a los artistas.

La mentalidad romana, consciente de su fuerza es, sin embargo, accesible a la infiltración extranjera, y



pronto se asimila la cultura griega, dándole su sello propio.

El traje romano clásico, desciende directamente del griego; a la gracia reemplaza la majestad. Los pliegues del manto recogidos noblemente, dan a la figura femenina de rasgos acentuados, una altivez, un aire de dominio dignos de esa raza inmortal que supo elevarse de un miserable grupo de rapaces bandoleros del Lacio, a la posesión secular del mundo conocido.

Sus descendientes actuales, las hermosas transtiberinas, conservan aún ese sello de arrogancia nativa que las hace modelos solicitados por todos los artistas que en mal de inspiración vagan por las graderías de Santa Trinitá.

---

Pero como siempre en el curso de la Historia, la excesiva riqueza, la posesión incontrastada del mundo, minan poco a poco la sobriedad, la energía, la virtud, que fueron el trípode sobre que se asentó la grandeza de la República romana.

Poco a poco se hace visible cierta decadencia de la que la corrupción de las costumbres es uno de los primeros jalones.

Aquellas matronas romanas, que como la madre de los Gracos, consideraban sus más valiosas alhajas, sus hijos, son reemplazados por viciosas extravagantes, que ponen a contribución todo el orbe conquistado para satisfacer sus caprichos.

Por ellas, los Procónsules saquean las provincias; como esclavos, para ellas, van a Roma los más hábiles artífices griegos, egipcios, asiáticos.

Los moralistas y los escritores satíricos descargan su indignación y sus latigazos verbales sobre la sociedad de su tiempo, marcando con estigmas de fuego las extravagancias y los desórdenes.

El lujo de las patricias es algo inconcebible; los metales, las piedras preciosas, las telas, los afeites de todo género, los perfumes más delicados de la India y de la Arabia, son puestos a contribución. ¿No hubo, acaso, patricias que se proveían de esclavas galas y germánicas, para adornarse con sus rutilantes cabelleras?

Magos y hechiceras, inventaban para ellas filtros misteriosos, en cuya preparación no pocas veces entraba la sangre de jóvenes vírgenes esclavas!

Pero, en cambio, ¡qué escenario para un apasionado de los espectáculos grandiosos!

Quisiera poseer la evocadora palabra de un Flaubert, de un Sienkewickz, para trazar con rasgos magistrales el aspecto maravilloso de una de esas fiestas monstruosas y sanguinarias del Coliseo, en el que 50,000 espectadores seguían con afanosas miradas las peripecias de un combate de gladiadores, mientras serenas e impasibles las inmaculadas vestales decretaban la muerte del caído con su implacable y silencioso gesto del *pollice verso!*

---

Colosales oleadas de nuevos pueblos contenidas largo tiempo en la frontera, por la energía de las colonias militares, sumergen al Imperio Romano.

Queda como una roca en medio de un tempestuoso océano, el imperio bizantino, pródigo de magnificencia suntuaria, que mal encubre los vicios fatales, los horrendos crímenes, la disolución de las costumbres. Como hoguera que se apaga, las ciencias y las artes dan un vívido y postrer resplandor que ilumina la agonía de una sociedad en decadencia.

Mientras corre a torrentes la sangre en las calles de Bizancio, para asegurar en el Circo el triunfo



de los cocheros azules o verdes, los bárbaros del Norte, sanos, rudos, fuertes, incontaminados, en avasallador empuje, alumbran su marcha triunfal con los incendios que consumen los tesoros de arte acumulados en doce siglos de cultura.

La moda bizantina es semigriega, y semioriental; el oro domina, el lujo es colosal, pero sin gracia; la elegancia griega, la sencillez romana, han sido relegadas al olvido.

Es singular cómo la creciente influencia del cristianismo primitivo en poco más de dos siglos apaga toda productividad artística y de ahí repercute sobre las creaciones suntuarias. Causa asombro ver cómo en tan corto tiempo se interrumpe la instrucción, se corrompe y muere la habilidad manual, y por largos siglos un padrón único, rígido, inanimado, fija las inmóviles creaciones del ideal artístico.

No puede dudarse que a ello contribuyó sobremanera el concepto ético de los fundadores de la nueva religión.

Concebida la vida como un paso rápido por un valle de lágrimas, considerada la carne como impura, nada de lo que al embellecimiento del cuerpo se refiere podía considerarse sino como pecado. Las Santas Escrituras están llenas de historias edificantes de canonizados cuyo mayor mérito fué el profundo desconocimiento de las más elementales reglas de higiene.

Así desaparecieron las colosales obras con que los romanos sanearon el mundo, y así también, por un milenario, la humanidad vivió sus siglos en el desprecio de lo que debió, sin embargo, considerar la obra maestra de Dios.

---

Triste época son los comienzos de la Edad Media; tiempos de desolación, de guerras, de ignorancia y su-

perstición; parece que la cultura, esa perfumada flor de las civilizaciones, ha muerto para siempre.

Pero no es más que un eclipse. Mientras los caballeros guerrean en Tierra Santa cosechando laureles y golpes, en los solitarios castillos velan soñadoras damas, cuyas melancólicas meditaciones se encargan de perturbar las suaves y peligrosas trovas de apuestos pajes que saben no perder tiempo.

Florecen las cortes de Amor, todo un código de galantería lima la aspereza de las costumbres, atenúa la brutalidad de los señores de horca y cuchillo. La coquetería recobra sus derechos, y aún cuando el baño es casi un pecado, las hermosas telas llegadas de Oriente, los perfumes de la India, las sedas de la lejana Cathay, son motivo de embellecimiento, ocasiones propicias para modelar los cuerpos de las gentiles castellanas.

Pocas veces ha existido una adaptación más perfecta entre el tipo femenino y el medio ambiente. Es el reinado del flamígero estilo gótico, de los largos y altísimos salones alumbrados por triforiados ventanales, que atraviesa la luz, quebrándose en los policrómicos motivos de los vitrales. Coronan los edificios las puntiagudas agujas de una filigrama de piedra; es la época en que desconocidos arquitectos y anónimos artífices nos legan maravillas como las catedrales de Estrasburgo, de Milán y de Colonia.

Úsanse las largas polleras de pesados damascos, las hopalandas con *acuchillados*, esas aberturas de las mangas, a las que los doctores de la Iglesia medioeval llaman *puertas del Infierno*, probablemente por las promesas de paraíso que dejaban entrever a sus bienaventurados contemporáneos.

Surgen en esa época dos tocados característicos: el Escofión y el Hennen.



El primero, feo turbante bicorne, adornado de pesadas telas, bien satirizado en este dibujo de Leonardo da Vinci.

El otro es un cono alargado, libre o adornado con velos de variadas formas, ridículo en sí, si se le quiere analizar, pero perfectamente adaptado al ambiente.

¿Conciben ustedes, acaso en la ventana de un torreón ojival, una dama cubierta con una de esas graciosas ensaladeras invertidas, que han hecho la delicia de cercanos tiempos?

Lentamente, sin los sobresaltos que artificiosamente los historiadores crean para fijar períodos y delimitar épocas en lo que es el curso inmutable de la evolución humana, se va elaborando una de sus fases más hermosas.

El Renacimiento, con su admirable eflorescencia del arte, con su panteísmo refinado, con su entusiasta culto de la forma, con su admiración de catecúmeno ante las maravillas de la estatuaria antigua, surgidas triunfalmente de la tierra, que por mil años las había substraído a las injurias de la superstición, no pudo dejar de marcar su huella en las modas femeninas.

Una constelación de inimitables maestros fijará en imperecederas efigies, tipos de belleza y elegancia clásicas.

Ya no es en Francia, si no en Italia, que debemos buscar los modelos durante más de un siglo.

Las ingentes riquezas acumuladas por los activos burgueses de Génova, de Venecia y de Florencia, permiten dar a las concepciones artísticas de la moda, el realce incomparable de las telas costosas, de las sedas chinescas, de los linos de Holanda. Hermosas alhajas puntean luminosamente los brocatos y los terciopelos

AUGUSTO TURENNE.

(*Continuará*).

# FUENTE DE AÑORANZAS

Del libro «Ritmos sin rima» y otros.

Está abandonada
y es propicia al ensueño la vieja mansión.

Brotan de sus muros,
y por entre intersticios y grietas,
líquenes y lamas de mórbido origen
e inodoros, mezquinos hierbajos
que de cosas antiguas nos hablan

Los ladrillos cubiertos de musgo,
como los estanques
de ovas, tienen frío, misterioso aspecto,
y el encanto tienen de las aguas muertas
ante cuyo silencio retoña
el sauce latente de las almas tristes;
soñadores: el vuestro y el mío.

Matas uniformes ante el friso yerguen
sus tallos flexibles, y sus melancólicas
flores son un vivo trasunto de graves
y enclaustradas vírgenes de mirar cetrino.

Siempre miro esas flores enfermas
sobre cuyos pétalos
nunca se han posado mariposas gráciles,



y pienso en el hondo martirio que sufren
las desheredadas del amor, nacidas
para sacrificio y escarnio de todos;
¡pobres cenicientas cuyas esperanzas
han de malograrse cual las de las monjas
que ponen broqueles a su castidad!

(¡Fué contraste!; a veces sobre los angostos
y húmedos pretiles
se aman las palomas que en las oquedades
ásperas anidan).

Esta casa en ruinas engendra añoranzas
como un altozano lleno de cipreses;
su fachada al viandante interroga,
y, aeda o bohemio,
se detiene el viandante atraído
por las remembranzas de arcaicos frontones
o por el recuerdo
de la flor que perdió su perfume
en el fondo de regia escarcela,
en divino cofre, junto a las epístolas
de damas sutiles y sentimentales
o acaso oprimida por las hojas pulcras
y aterciopeladas de algún florilegio.

Esta casa en ruinas,
tan humilde, tan sola, parece un refugio,
que es ella aparente
a las elegías de la abandonada
y púdica novia,
al excelso culto del amor perdido
y al renunciamiento de la inconsolable
viuda que lleva grabada en el ónix
de sus ojos la faz de su muerto

Soledad, penumbra,
doliente abandono,
quietud y misterio
de parques antiguos y viejas estancias,
sabed: los poetas de fe panteística
no podremos jamás olvidaros,
que está en nuestras almas vuestro señorío
triste y silencioso como en un crepúsculo...
¡Cómo cautivasteis nuestra adolescencia
junto a las obscuras y seniles tapias
de un casón en ruinas!

M. Pérez y Curis.

---

# «EL POETA INCÓGNITO»

---

*Por ti me olvidé de Dios,*
*por ti la gloria perdí,*
*y ahora me voy a quedar...*
*sin Dios, sin gloria y sin ti.*

---

*Suspiros que de mí salgan*
*y otros que de ti vendrán,*
*si en el camino se encuentran,*
*¿qué de cosas se dirán?*

---

*Tres veces me quisiste,*
*tres veces me negaste;*
*otro San Pedro fuiste,*
*mas no lloraste.*
*Llegará la ocasión*
*que quizás cante el gallo*
*de nuestra pasión.*

---

*Si cada vez que en ti pienso*
*cayese una blanca estrella,*
*tanto pienso en ti, que pronto*
*quedara el cielo sin ellas.*

*Milloncito de mi alma,*
*mi amor escribir no sé,*
*papel y pluma me sobran,*
*sólo lo escribiera bien,*
*a ser la pluma mis labios*
*y tus labios el papel.*

¡Qué ternura infinita, qué honda melancolía y qué sombra de dolor, que echan un nudo a la garganta, tienen los cantares que siguen:

*Llorando se la escribí,*
*Llorando se la mandé,*
*las lágrimas de mis ojos*
*no me la dejaron ver.*

---

*Dile que mi afecto es ciego,*
*dile que mi amor es fiel,*
*dile que si al cielo ruego*
*estoy rogando por él.*

---

*El barranco... el árbol... tu nombre....*
*el cielo del mismo azul...*
*todo... todo como estaba,*
*todo... todo, menos tú!*

---

*Dos besos tengo en el alma*
*que no se apartan de mí;*
*el último de mi madre*
*y el primero que te dí.*

---

*En la pila de la fuente*
*Caen golpeando las gotas:*
*¡Qué silenciosas caen*
*las que la cara me mojan!*



*Yo no sé qué tienen, madre,*
*las flores del camposanto,*
*que cuando las mueve el viento*
*parece que están llorando.*

---

*Hay penas que pasan*
*y penas que duran:*
*la de verse en el mundo sin madre,*
*no se acaba nunca!*

Gran colorido y fuerza imprecativa tienen los dos cantares que vienen y que expresan la rebelión de una mujer contra el destino cruel, que aleja a su amante de su lado:

*Marinero es mi amante,*
*mucho lo siento;*
*que andan por esos mares,*
*mis pensamientos.*

---

*Malhaya! quien hizo el barco,*
*y el que lo arrojó a la mar,*
*y el que cortó la madera,*
*y el que la mandó cortar!*

Travesura, donaire e ingenio quevedesco, encierran los siguientes cantares:

*Piensan los enamorados,*
*piensan y no piensan bien,*
*piensan que nadie los mira*
*y todo el mundo los ve.*

---

*No me mires, que miran*
*que nos miramos,*
*y verán en los ojos*
*que nos amamos.*
*No nos miremos,*
*que cuando no nos miren*
*nos miraremos.*

---

*No seré yo el primer hombre,*
*ni tú la primer mujer,*
*que se quieren y se olvidan*
*y se vuelven a querer.*

---

*Quiero decir y no digo,*
*y estoy sin decir diciendo;*
*quiero y no quiero querer*
*y estoy sin querer queriendo.*

---

*Yo quisiera y no quisiera,*
*que son cosas diferentes;*
*quisiera que me quisieras*
*y no quisiera quererte.*

---

*Te quiero; pero quiero*
*que tú no quieras,*
*al que te quiere y quiere*
*que no me quieras.*

---

*Yo te quiero y no te quiero,*
*que son dos cosas iguales;*
*te quiero para mí sólo,*
*no te quiero para nadie.*

---



*Te quiero más que a mis ojos,*
*más que a mis ojos te quiero;*
*pero más quiero a mis ojos*
*porque mis ojos te vieron.*

El hermoso cantar que sigue, es un verdadero escudo de la virtud de la mujer:

*No manches nunca tu lengua*
*insultando a las mujeres,*
*si de tu madre te acuerdas,*
*verás cómo te contienes!*

¡Qué bien reflejada la elocuencia del silencio y de las miradas, en este lindo cantar:

*Nos queremos sin hablarnos*
*más que muchos que se hablan;*
*no se aprende en diccionarios*
*el lenguaje de las almas!*

¡Cuánta verdad y belleza en el cantar que sigue, en el cual se constata lo tumultuoso y lo incierto de la vida:

*Para ir de este mundo al otro*
*atravesamos un mar;*
*tal vez por eso a la cuna*
*forma de barco le dan!*

Y qué enorme belleza y qué profunda filosofía en este otro, que pinta la pequeñez de insecto del hombre y su jactancia y orgullo infinitos:

*Amor eterno unos juran,*
*otros eterna amistad;*
*siempre el átomo del tiempo*
*hablando de eternidad!*

He aquí ahora el cantar final:

*Y no he de entrar en otras*
*apreciaciones,*
*ya pasó la cuaresma*
*para sermones.*

EDUARDO D. FORTEZA.

Buenos Aires.

---

## LA PESCAA

La espuma me salpica como un rocío blanco,
Y el viento me enmaraña el cabello en la frente,
A mi espalda está el verde respaldo del barranco
Y a mis pies el gran río de elástica corriente.

Rumores de la selva y rezongoos del agua,
Y tal como una lepra sobre el dorso del río,
La mancha oblonga y negra que pinta la piragua
En la fresca penumbra del recodo sombrío.

No medito, no sueño, no anhelo, estoy ligera
De todo pensamiento y de toda quimera,
Soy en este momento la hembra primitiva

Atenta solo al grave problema de su cena,
Y vigilo glotona, con un ansia instintiva,
El corcho que se mece sobre el agua serena.

JUANNA DE IBARBOUROU.

---

# ITINERARIO INTIMO

5.—15 de Febrero de 1920.

He aquí como el azar de las circunstancias suele disponer de las cosas para suscitar ideas o impresiones del modo más inesperado.

Leía yo en estos días "La historia de los pueblos de Oriente" por Máspero, y la lectura de las costumbres y de la vida y moral primitivas de los indios-aryas transportó mi alma a un oasis de paz, maravillándome de cómo el hombre—en edades tan remotas de su historia — pudiera haber alcanzado tanta serena reflexión, elevados sentimientos y encantadora vida.

A los pocos días, en un número de la revista "España", leo dos artículos de Unamuno y de Marcelino Domingo, a propósito de los conflictos sociales últimamente ocurridos en Barcelona y el trastorno de la época actual se me apareció, por contraste de impresiones, de tal modo, que todo el dolor de la raza desgarró mi alma.

Días después, releyendo 'Noventa y Tres", de Víctor Hugo, sentí cómo los problemas de la humanidad se asemejan a través del tiempo y cómo los genios — acumuladores de las sensaciones y de las experiencias de la raza—adivinan en lo porvenir.

Y he aquí, que, por último, en otro número posterior



de la misma revista "España", un moderno descendiente de aquella raza indio-arya que maravillóme con el encanto de su vida, la paz de su corazón y la nobleza de sus sentimientos, habla en un Mensaje al Occidente de la ley de la familia y del Amor.

Pero Cristo, que padeció y murió también por su amor a los hombres; Víctor Hugo, que predica el Amor líricamente; el descendiente moderno de los indios-aryas que lo exalta como fuente de reconstrucción para la vida no nos dicen cómo podremos hacer para que el Amor germine entre los hombres.

Y — por el azar de estas lecturas tan aparentemente diversas, sin embargo, — he creído vislumbrar — ya que el Odio domina la vida contemporánea y el Amor domina la vida primitiva — cómo deberíamos hacer para que el Amor domine en nuestra vida futura.

Y es así que he escrito, qué he sentido la necesidad de escribir lo que subsigue.

---

Dice Máspero, al hablar sobre la religión, moralidad y vida primitiva de los indios aryas:

"Este pueblo había llegado en la época remotísima a que se refieren los himnos más antiguos de los Vedas a la convicción de que el mundo obedecía a leyes eternas y no era un conjunto de cosas sin plan, ni sistema, ni orden. De aquí derivaron conceptos de moral universal. Lo justo, decían, o sea lo que está conforme con el orden sagrado del mundo, es también lo verdadero. Lo contrario es error, falsedad y mentira y la mentira y la falsedad eran abominadas hasta el punto de que el cumplimiento de la palabra dada y la veracidad fueron elevadas a ley religiosa fundamental. Varios himnos antiguos se expresan así relativamente a este punto: "Los mentirosos no han de disfrutar del licor de Soma". "Los dioses ya saben quién es falso y

quién no". "Como una piedra lanzada por la honda, el flamígero dardo de Indra herirá a los amigos falsos". Un pueblo tan amigo de la rectitud y la verdad debía ser también cariñoso y liberal para con el prójimo y generoso y amigo de la virtud en acción Por eso también algunos himnos suplican a Agni, el dios del hogar, el mejor amigo de la casa, que aparte de ella el odio y la maldad, que libre de envidia a los mortales e invocan a Indra contra la envidia de los enemigos. Hay también uno de los cantos más bellos, si no de los más antiguos, que recomienda la caridad en general. "Los dioses no quieren a los avaros". "Para el avaro no tienen sonrisas las magníficas auroras. Los ruines han de estar en estancias sin luz". "El que no da nada, no tiene derecho a que Indra se cuide de él". (1).

Este pueblo que profesaba ideas de tan alta moralidad, vivía una vida pastoril y sencilla. El hombre cuidaba de los ganados y de las mieses. La mujer cuidaba del hogar, preparaba las comidas y "hacía al hombre amar la vida". El padre y la madre eran las autoridades del hogar. Los hijos los respetaban y todos los atardeceres se reunían las familias alrededor de los jefes bien amados. En los casamientos, "el padre de la novia ponía la mano derecha de la joven en la del novio, que decía al tomar la mano: tomo tu mano para mi felicidad, ya que los dioses me conceden tu persona para que gobiernes mi casa y alcances en mi compañía la edad provecta". Esta vida patriarcal, buena, moral y justa, duró durante siglos, tanto como lo que duró el contacto de este pueblo con la naturaleza.

"En la época védica era costumbre entre los aryas-indios que los hombres principales en llegando a una edad avanzada se retiraran de la vida activa, dejando

(1) Máspero «Historia de los pueblos de Oriente».



que otros más jóvenes ocupasen su puesto. Generalmente, al retirarse a la selva, lo hacían con sus mujeres, en sitios solitarios, que existían en todas partes en la época heroica. Esta vida retirada tenía además el atractivo de la libertad, porque no era absoluta ni forzosa, ni privaba al solitario de recibir visitas y huéspedes, ni de volver entre los suyos para dar consejos o para tomar otra vez una parte activa en los sucesos. Esto se explica por la religiosidad profundísima, innata y sin ejemplo de este pueblo; por su carácter meditabundo, su inteligencia rica, su imaginación exhuberante, su sobriedad y el clima cálido que hacía buscar la sombra y frescura de los bosques, la proximidad de fuentes de pura y cristalina agua y las orillas floridas de los ríos". (1)

No creo yo en esta explicación. No fué el espíritu del pueblo quien le hizo buscar la sombra y la frescura de los bosques, sino — al revés — el carácter pastoril y sencillo de su vida y el íntimo contacto con la naturaleza quienes desarrollaron en aquellos hombres — *fuertes ya de inteligencia y sanos aún del corazón* — el amor a la vida sobria y su espíritu profundísimo de religiosidad y de moral.

---

El mundo actual está profundamente perturbado: el desorden, la anarquía, el hambre, la lucha de clases, dominan el escenario de su vida.

Dice Unamuno, refiriéndose a los conflictos de orden social ocurridos últimamente en Barcelona:

"Patrones y obreros se tienen declarada guerra civil. Y en ésta, lo del pacto de Barcelona ni es ni puede ser más que una tregua. Y lo de que no ha habido ni

(1) Máspero obra citada

vencedores ni vencidos es una tontería más o quiere decir que la guerra seguirá. Una guerra así no se acaba sino con vencedores y vencidos, con victoria y derrota". Afirman los patrones que los obreros trabajan cada vez menos, en tiempo, en intensidad y en eficiencia y que hay una ola de pereza que avanza. Pues bien, dice Unamuno, no hay tal ola de pereza sino que ésta es una táctica de lucha. Y los obreros recurrirán a toda clase de tácticas en su lucha contra el capital, porque no puede haber armonía entre ambos y porque los contratos o las transacciones "no suprimirán la renta del mero propietario de la tierra, que es el mayor haragán del mundo". (1).

Marcelino Domingo, refiriéndose al mismo conflicto social, dice que "la paz no es posible mientras subsistan las causas de la guerra. Y las causas de la guerra, más que el encarecimiento de las subsistencias y el valor de los jornales y el enriquecimiento de los patrones, está en el odio de los de abajo hacia los de arriba por el egoísmo anticristiano que ha rodeado su vida y el odio de los arriba a los de abajo por pretender los de abajo romper violentamente las cadenas que los ataban al trabajo como ruedas inconscientes de una máquina. Las causas son el odio. Y como el odio priva de razón, los de arriba quieren conservar el mundo viejo sin ver que el mundo viejo ha muerto y los de abajo quieren imponer el mundo nuevo sin advertir si sus manos y su inteligencia están capacitados para seguirlo". (2)

El odio domina el escenario de la vida actual y cada día que pasa se hace más violento. La guerra de clases está declarada en todo el mundo, más o menos des-

(1) Unamuno: «Las cosas claras» en *Revista España*—N.° 261.
(2) M. Domingo: «La conquista del pan y la palabra de Dios» en *Revista España*—N.° 261



embozadamente y ella concluirá, fatal e inevitablemente, por el aniquilamiento de este orden de cosas. Será otro noventa y tres que la historia absolverá porque, como dijo Víctor Hugo, "noventa y tres fué una tempestad y una tempestad sabe siempre lo que hace". Hay que sanear el ambiente, demasiado lleno de miasmas, y esto no es posible sino por medio del fuego y de la destrucción. Cuando ha cesado el amor, sólo es posible volver a él por medio del dolor, que es el que purifica las almas y las ejemplariza.

Pero, eso sí, una vez que cesaran la destrucción y el dolor, sería menester ¡ay! que el amor reconstruyera. No bastan "el paralelismo del derecho y el deber, el impuesto proporcional y progresivo, la nivelación, el ningún privilegio y por encima de todos y de todo esa línea recta que se llama ley: la república de lo absoluto. Es preferible la república del ideal. ¿Dónde poner, en efecto, al lado de todo aquello, la adhesión, el sacrificio, la abnegación, el magnífico enlace de los afectos benévolos, el amor, en fin? Bueno es ponerlo todo en equilibrio, pero mejor es ponerlo todo en armonía. Cuando se ha dado a cada cual lo que le corresponde, falta darle aún lo que no le corresponde. ¿Qué significa esto? Significa la inmensa concesión recíproca que cada uno debe a todos, que todos debemos a cada uno y que constituye toda la vida social". (1).

Un oriental, un hombre moderno de la India, llamado Wadia, Presidente de la Unión del Trabajo en Madrás, y "amigo fervoroso del notabilísimo poeta Tagore", ha escrito en "Un mensaje de la India": "Nosotros sentimos que en la India tenemos un mensaje que traer al mundo. Creemos que hay para nosotros una misión que cumplir en los años venideros.

(1) Victor Hugo: «Noventa y Tres».

Pensamos que ese mensaje y esa misión son de carácter espiritual, sólo en lo que al mundo occidental se refiere. Creemos en un socialismo, pero en un socialismo de Amor y no de Odio, implantado por un espíritu de cooperación y no por métodos de rivalidad. Por eso opinamos que el nuevo Orden Social que todos, lo mismo en Oriente que en Occidente deseamos introducir, ha de empezar por el principio. No cimientos antiguos sino nuevos; los propios cimientos del orden — mejor lo llamaríamos *desorden* — antiguo han de quedar desechos. Alguien preguntará: ¿Y para qué desperdiciar las lecciones del pasado? ¿No ha de servirnos la experiencia de los días que fueron? Sí, por cierto. Por todos los medios ha de utilizarse la experiencia adquirida, pero como sabiduría almacenada y no en apresuradas deducciones derivadas de los hechos e ideas que son viejos prejuicios. En la India decimos "hacer añicos los antiguos cimientos" — sí, los propios cimientos. Son parte material, buena y cabal sustancia, cuando se los reduce a polvo, y entonces los podemos emplear para echar *una cimentación nueva*. Y sobre ella erijamos un templo, grande en su sencillez, glorioso en su ornato, al que puedan ir hombres y mujeres, jóvenes y viejos, ricos y pobres, todos por igual, de todas las nacionalidades y razas, a pedir, no su salvación personal, sino la utilidad de todos; no la conquista del cielo para los individuos, sino la conquista de esta tierra para el enriquecimiento de la raza a la que pertenecemos. Permitid que os diga que ansiamos ver en todos los países del mundo un gobierno legislador formado por individuos que sean servidores del pueblo; un Estado que sea expresión de la voluntad del pueblo, con gobernantes que sólo sean colaboradores para la expresión de esa voluntad; en que la ley de la familia prevalezca, de modo que los jóvenes y los débiles, los ancianos y los desvalidos, los pobres y los



enfermos sean atendidos en primer lugar; en que la ignorancia se disipe ante la luz del saber y la pobreza no exista. La ley de este Nuevo Socialismo es: "De cada uno, según su capacidad; a cada uno, según sus necesidades". (1).

---

Y he aquí que el hombre moderno de la India trae al Occidente un mensaje que es la reproducción amplificada y rejuvenecida de la época védica. El mundo está enfermo por falta de corazón y de sentimiento. Los hombres se han olvidado de la naturaleza. Viven encerrados en recintos artificiales, peleándose y mordiéndose como jaurías hambrientas.

Hay que destruir las jaulas en que vivimos. Hay que volver a los espacios libres, a los campos y a los montes. Hay que *sentir* a la naturaleza en nuestros corazones y a nuestros corazones en la naturaleza. Seremos entonces buenos y puros y morales y nos querremos los unos a los otros. Y en los casamientos, las manos en las manos, el hombre tomará a la mujer y la mujer al hombre para su mutua felicidad y para que alcancen en sus mutuas compañías la edad provecta. Y el mentiroso y el falso y el avaro y el mezquino serán castigados, no ya por los dioses sino por las agrupaciones de los hombres buenos. Porque los hombres buenos — con el desarrollo extraordinario que han alcanzado en sus inteligencias y en las artes y con el corazón sano que volverán a tener en su contacto con la naturaleza — habrán comprendido que deben unirse en un espíritu de cooperación para la vida. Y prevalecerá entonces la ley de la familia y el socialismo del Amor, de que nos habla en su mensaje el indio nobilísimo.

ALBERTO BRIGNOLE.

---

(1) P. B. Wadia: «Un mensaje de la India» en *Revista Española*, N.º 248.

# TRIUNFO

Ha llegado hasta el puerto mi navío.
Venidlo a ver; su casco, sus cordajes,
Dirán, mejor que yo, cuántos ultrajes
Sufrió del mar y del tifón sombrío.

En mi pueblo natal levé las anclas
Una mañana al despuntar el día,
Una mañana de promesas francas
En que todo cantaba y sonreía...
El rosicler del alba en las barrancas,
Dentro del alma la esperanza mía,
El viento amigo entre las velas blancas...

Así cargado de marfil y oro
Partió mi barco sobre el mar sonoro.
Después... después la adversidad lo sabe;
Baste decir que fué lo menos grave
Tener que desprenderme del tesoro
Para salvar la vida de la nave.
Pero ha llegado al puerto mi navío,
Es esto lo esencial: llenad los vasos,
Beebed, reíd, danzad a todo brío,
Y en tanto giren los alegres pasos
Y el himno vibre en homenaje mío;
Anidado en las llamas de tus brazos
Dame ese vino, amor, que ahuyenta el frío.



Oro y marfil quitóme el mar bravío,
Mas siempre para tí, mi fiel amante,
Guardo en el alma un mágico diamante.

¡Ah, pronto!, pues, un alma inquieta llevo
Y en cuanto acabe de zurcir las telas
Y reafirmar los mástiles, de nuevo
Desplegaré mis errabundas velas...

... Sí, sí, mi bien, amo tu ardiente vino
Tu tibia paz, tu frente de asfodelo:
Cuando en la mar profunda peregrino,
Tu imagen es mi fuerza y mi consuelo.
Mas debemos cumplir nuestro destino,
Tú renovando el ansia de mi anhelo
Al fin de cada etapa del camino,
Yo buscando en el ámbito marino
Una mágica isla en cuyo cielo
Nunca apague sus lámparas el día,
Y donde juntas, cuando venga el hielo,
Vivan la eternidad tu alma y la mía...

José María Delgado.

# Glosas del mes

## La Exposición de Bellas Artes.

Suponiendo que, a pesar de todo lo que se ha escrito sobre la Exposición Panamericana de Bellas Artes, un poco más no abultará mayormente, quiero yo también relatar las impresiones que he recibido durante una visita a la misma, accediendo de este modo a un honroso pedido de "Pegaso".

***

Entrando, y a cada lado de la puerta, dos cabezas en bronce. Una, el retrato del pintor Bazzurro, que a primera vista hace el efecto de una cosa buena, — me decepciona en seguida, pues el modelado un poco vulgar y la construcción mala, — las orejas están fuera de lugar, — quitan valor a ese trabajo. No encuentro en él, ni el cariño del que se esfuerza en tratar de hacer bien las cosas, ni la soltura espontánea y despreocupada del que sabe lo que hace. Noto, sí, un esfuerzo: pero disimulado bajo una aparente inconclusión, resulta falto de sinceridad.

La otra, una cabeza de joven pastor, me recuerda el cuello del luchador Raicevich, al que se le hubiera colocado una gran bola o con diminutos ojos y una boca abierta...

Francamente, esas dos piezas no me satisfacen, aunque no dejo de notar en ellas un cierto carácter literario.

Ya en el salón, veo otra cabeza del mismo autor, un poco asimétrica y de una expresión estertórea que no impresiona, porque esa cosa tan gastada que resulta vulgar.

El artista Falcini, — autor de estos trabajos, — milita en arte o desde hace una docena de años: fué pensionado a Europa por su talento y eso da derecho a pedirle mucho. Sin embargo, me da la idea de un artista que siente y aprecia muy poco el valor de la forma.

La expresión y el carácter de una escultura dependen de ciertos rasgos afortunados que raros artistas llegan a compenetrar y que no se consigue, abultando enormemente lo que la naturaleza crea proporcionado y elegante.



En el salón de la derecha, atraen en seguida mi atención, los cuadros de Cúneo, mal dibujados y de un color atrevido puesto a grandes planos poligonales. En ellos, y especialmente en el trazado de un estante de libros, hay defectos de perspectiva evidentísimos, además de algunos contrasentidos inexplicables, como, por ejemplo, la figura aquella de la muchacha construída a grandes planos y las letras diminutas pintadas sobre los libros, detrás de la misma... Si en ese cuadro, los detalles están permitidos, es natural no descuidarlos en la figura que está en primer término. A pesar de todo esto, este artista demuestra una arrogante valentía poco común, lo que hace esperar que una vez educada su cualidad esencial, Cúneo llegará a ser un pintor "e coi fiocchi".

En los cuadros de Méndez Magariños, el retrato de un pintor no es del todo malo; lo restante no me gusta. Evidentemente, le falta a Magariños la cualidad de Cúneo.

No soy de los que creen que el arte debe concretarse a copiar exactamente la naturaleza: más bien, comprendo que debe buscarse su interpretación; pero de interpretar a falsear y afear la misma, hay mucha distancia, y, precisamente lo último es lo que consigue hacer el que quiere interpretar lo que no conoce más que superficialmente. Esto lo vienen demostrando en nuestro país numerosos pintores y escultores, que más que la naturaleza, han estudiado y adoptado teorías importadas bajo rótulos famosos, de París especialmente. A tales artistas, yo los clasificaría entre los profetas, no por el sentido verdadero de la palabra, sino por la analogía que tienen con los que predican siempre lo contrario de lo que pasará, y que para mayor desgracia se autosugestionan con sus propias profecías. Así amontonan caprichosamente colores estrafalarios y masacotes de barro, y ven en eso la expresión de cosas que sienten interiormente, a la par de los alucinados, que ven como una realidad exterior, lo que solamente pasa en sus cerebros. Creen de buena fe que ese será el arte del porvenir; y lo peor del caso, es que pretenden que otros no sugestionados, comulguen con ellos en sus mismas extravagancias...

De Carmelo Arzadún la Exposición muestra varios paisajes, y convengo en que se puede diferir de criterio con este artista, pero no negarle méritos; tiene colorido y técnica no vulgares; y, sobre todo, tiene una consciente seguridad de lo que hace.

Hacia el fondo del salón hay un retrato por Blanes Viales, que denota en seguida un defecto de perspectiva en el sillón en que está recostada la figura del doctor Meszera. La cabeza es expresiva y bien hecha; el cuerpo no está obtenido del todo; las manos no guardan relación con la cara. Además, falta color; pero pienso que a quien mucho hace, mucho se le puede disimular, y los soberbios paisajes del mismo, que he visto en el Museo de Bellas Artes, perdonan bien un retrato flojo...

Más cerca, en otra pared, los proyectos de Puig y Pena para el decorado de la Facultad de Medicina. Puig es superior a Pena en

dibujo y color. Una vez desarrollados en grande dichos bocetos, veremos lo que quedará de ellos. "Al tempo l'ardua sentenza".

En medio del salón, una cabeza de Michelena. También tiene Michelena en otra sala, una cabecita de niña que me gusta, y en la sala en que estamos, la misma cabeza, pero más flaca e inconclusa. La cariátide y la estela funeraria del mismo, me parecen cosas demasiado desabridas...

Tanto Falcini como Michelena y otros escultores que conocemos, han adoptado en su modelado la técnica de la "pelotita"... ¡Lástima que no sea un invento!

En la sala del medio, veo muchos cuadros: entre ellos varios interesantes: otros mediocres, y algunos malos. En los de Bazzurro noto dibujo escaso, colorido vulgar, y, sobre todo, una no sé qué torpeza, que no sabría si fué buscada a propósito... Humberto Causa, parece empeñado en imitar a los pintores de liso, con sus tonalidades y su dibujo simplificado.

Entre los paisajes de esta sala hay algunos desconcertantes: recuerdo un ombú, al parecer cargado de repollos... Frente a este fenómeno, cabe mejor la opinión de un ingeniero agrónomo, que tal vez pueda señalar sus causas probables...

El paisaje "Un patio", de Marchetti, es lindo y sincero. Un carbón de un alumno del Círculo de Bellas Artes me detiene un momento... La medalla con figuras epigeias de Pose es interesante.

La placa a Martí del escultor Barbieri, vista de cerca, me decepciona un poco. Del busto de Rivera, de José Luis Zorrilla de San Martín, me gusta la cabeza: el traje del mismo, da la sensación del algodón en rama: y el cuello..., ¡qué medida tenía!... ¡Hay algún dato antropométrico al respecto!...

De la señorita Lila Pujadas, no hay en la Exposición nada comparable con la cabeza de Amado Nervo de la misma. Con esto no quiero decir que aquélla sea una maravilla...

En otra sala encontramos dibujos de Aguerre, que agradan fácilmente. También hay alguna otra cosa interesante: un pastel de Metallo, joven que demuestra amor y disposición..

Más allá están las intrincadas formas de pensamiento, a las que Radaelli atribuye un valor simbólico... Como se trata de espiritualidades abstractas, renuncio a descifrarlas porque no las entiendo. Sin embargo, confieso que me interesan, porque Radaelli dibuja bien y escribe mejor

Mirando los trabajos decorativos de Marchetti, que son lindos y bien hechos, vuelvo a sentirme en el local de la Exposición. Grabados en un friso de mayólica dos gallos que riñen, tienen un plumaje de gran finura, pero las cabezas son gruesas y carecen de la expresión aguileña y bravía que tiene el gallo.

Los dos proyectos, una balconada barroca bien caracterizada y un vitreaux para farmacia bien compuesto, pero un poco "frastagliato", en sus particulares, — son del mismo autor y merecen la misma atención.



En la sala de los extranjeros, hacinadas las unas sobre las otras, para que todas puedan aprovechar la luz cenital que fluye abundantemente, y para que al mismo tiempo se hagan buena compañía, están las obras de los americanos que concurrieron a la Exposición.

De los argentinos, mucho y bastante bueno. Paisajes muy lindos de Malinverno y algunos otros; y también algunos otros, bastante pobres. El cuadro de Quirós "El privao" me gusta mucho, aunque en ciertas partes se nota un poco atormentado: — a pesar de todo, se trata de una obra notable.

Los cuadros de Christophersen, una acuarela y unos desnudos de mujer, me gustan. En el otro cuadro de Quirós, el fondo es lindísimo, aunque en el primer plano, a la derecha del visitante, aquel desnudo de mujer tiene la espalda izquierda mal construída, y falsa la línea que baja de la misma a la cintura...

Voy hasta el rincón de la Sala donde llama mi atención una cabecita en mármol: verdadera preciosura de expresión y de labor la mejor escultura entre todas las que he visto allí dentro. Su autor es Hugo Bassi. Tan linda es esa cabeza, que dan ganas de decirle el clásico: "¡parla!". Como está colocada en un rincón, no se la puede ver más que de frente.—Bien hecho: se lo merece... porque miren ustedes que presentar algo bueno y bien hecho a estas alturas...

En la mitad de la pared final está el gran retrato de Amado Nervo del pintor mejicano Rojas. El poeta aparece sentado sobre "la montaña angusta de la serenidad", aunque, en verdad, nosotros lo vemos resbalarse por las laderas de la misma. .

Mediocremente dibujado, con una mano defectuosa, pobre de colorido, aceitoso y alisado, tiene empero, unos ojos muy expresivos y de un gran parecido.

La rubicunda cabeza de viejo con chaleco rojo, de Angamuzzi, es linda por su colorido fresco y su factura leal, pero el brazo desdibujado le quita méritos...

En un rincón, a la izquierda, y detrás de una cabeza, "Quietud", que no es mala, hay algo "incomprensible" y muy "raro". Lo dice el autor y es suficiente...

También hay otras cosas buenas: de Parpagnoli, Delgado, Roustand, Camiloni, Christophersen.

"El pequeño artista" de la señorita de Mac-Coll, me sorprende por la precocidad del niño, que modela mejor que su autora: esto lo declaro sin parcialidad y sin mala intención.

Al salir de la Exposición doy una última mirada a la "Blanquita" de Hugo Bassi, y me voy pensando en una porción de cosas...

Intento definir mi impresión de conjunto y no se me presenta más que una frase popular y apropiada al caso: "No son todos los que están, ni están todos los que son". Desde luego, ya se sabe que hay de sobra y que faltan muchos.

Un desconocido que pasa a mi lado y parece adivinar mi pensamiento, se me acerca y me dice al oído:

"... Aquí, en Montevideo, todo esto se ha vuelto un campo de Agramante en el que los artistas se pasan tirando barro de la calle unos a otros, y, naturalmente, no les queda tiempo para el estudio...

"En vez de guardarse mutuamente el respeto y la consideración que se merecen quienes tienen el mérito de actuar en el campo del arte con más o menos talento y fortuna, para llegar a conseguir el respeto y la consideración del público, tratan más bien de desacreditarse ante el mismo, que concluye por despreciar a todos, como ha sucedido..."

El ignoto amigo se aleja como hombre seguro de lo que dice y no espera mis comentarios, dejándome desilusionado y convencido.

***

Dejo así traducidas mis impresiones personales, que quizás duelan, porque "la verdad es como las rosas: tiene espinas", pero me resta la convicción de haber sido sincero.

**Edmundo Prati.**

Salto.

---

# Bibliográficas

**El salvaje.**—Cuentos por Horacio Quiroga.—Buenos Aires. 1920.

No podríamos afirmar si este nuevo volumen del gran literato uruguayo sobrepasa su labor anterior. Hay cosas en "Cuentos de amor, de locura y de muerte", en "Historia de un amor turbio" y en "El crimen del otro", que difícilmente serán superadas; sin embargo, puede decirse sin ambages que este libro es digno hermano de aquellos que han colocado a Quiroga, según el juicio unánime de la alta crítica, entre los primeros cuentistas contemporáneos.

Revélase netamente la amplitud del autor en la manera maestra con que aborda los temas más desemejantes y en su falta de afiliación doctrinaria: así se le ve saltar de la narración picaresca hasta aquella que, como "El salvaje", parecerían ser del dominio exclusivo de la literatura épica, lo mismo que pasar del cuento brutalmente realista, hecho a base de impresiones fotográficas, hasta aquel en que la fantasía galopa libre de toda traba.

Hay quien preferiría verlo siempre escribir alrededor de motivos selváticos, los que, sin duda alguna, son los que han consolidado su prestigio de maestro, y en los que no tiene ni el más remoto parangón dentro de la literatura americana. Pensar de esta manera es desconocer con injusticia notoria el arte del autor para desarrollar finos problemas psicológicos, para hacer vibrar las más sutiles cuerdas sentimentales o para narrar tonterías encantadoras, derramando tanto sprit como cualquier famoso hijo de Francia.

Sentimos un buen horror por los espíritus unilaterales. Eso que algunos críticos exigen a toda obra, la unidad, nos parece revelar una inferioridad espiritual, o por lo menos, un organismo cuya sensibilidad no puede ser impresionada más que de un modo determinado; y considerar como una virtud fundamental el seguir una senda fija y única nos parece no sólo tener una mezquina idea del arte, sino una falsa concepción de la naturaleza.

Quiroga es, como debe ser, un espíritu múltiple y capaz de reaccionar a las solicitaciones más diversas. Por sus libros pasan el hombre de salón y el nacido semibárbaro, encontrados primitivos y supercivilizados, ambientes de bosques y ciudades...; pero, eso sí, en cada uno de sus relatos, hasta en los más fantásticos, hay una fuerza de vida, una sensación de realidad, que únicamente es posible encontrar en los grandes maestros.

Es seguro que cuando nos pinta al hombre terciario enhorquetado sobre una rama, o cuando describe aquella extraordinaria peregrinación nocturna de elefantes, los ve nítidamente, y hasta siente el terror del hombre primitivo al ver acercarse una fiera o el espasmo de aquella arbitraria y pequeña Berenice quemada en hora y media por el incendio de una pasión.

Se reprocha a Quiroga que no cultive el estilo y, efectivamente, el autor de "El salvaje" no es, por fortuna, un estilista, siempre que por esto se entienda, como lo cree la generalidad, que el primor del envase es superior a la bondad de la mercancía. Es claro que en un medio hipnotizado por la farolería palabrera parezca violento un hombre que va derecho al fin que se propone, sacrificando hasta la venerable sintáxis para revelar con más nitidez un pensamiento o para subrayar una impresión. ¡Cuánta falta nos haría unos cuantos artistas como estos para curarnos de esa fiebre por la frase primorosa, que muy frecuentemente es sólo admirable recurso para simular lo que no se tiene; afeites y pinturas para ocultar lamentables indigencias, nada más. ..

Estamos absolutamente convencidos de que Quiroga y Florencio Sánchez, con toda su despreocupación por el lenguaje, perdurarán mucho más tiempo que otros a quienes el cultivo de la forma dominó hasta la esclavitud y a los que hoy se les rinde el tributo de una ilimitada admiración. — J. M. D.

**El Secreto Doliente.** — Poesías por Enrique Bianchi.—Montevideo. 1920.

Hay en el autor un poeta no bien personalizado todavía; cosa, por otra parte, imposible de exigir en quien recién se inicia.

Los "Versos de Amor y de Tristeza", que forman el primer capítulo del libro, son correctos, revelan una indiscutible habilidad en la técnica, pero le faltan valores expresivos, vigor de alma; y, esto porque el autor parece escribir más obedeciendo al influjo de sugestiones literarias que al imperio de sus propias emociones.

En donde Bianchi se revela un lírico de porvenir es en "Impresiones artísticas", hechas con más sentido de la realidad, aunque también aquí resalta la influencia de otras liras, sobre todo la de Villaespesa, el que, salvo los respetos, nos parece un pernicioso maestro.

Resumiendo: un libro de iniciación, de forma pulcra y, con frecuencia, elegante, muy promisor, sin duda, pero que, por el momento, nos retrata a un alma más sugestionada que sugestiva.—J. M. D.

**Canciones de mi casa**, por Alfredo R. Bufano. — Buenos Aires, 1920.

Alfredo R. Bufano es un poeta familiar, dulce, sencillo, cristalino. Sus versos tienen emoción, suavidad, candor, transparencia.

Sin embargo, a Alfredo R. Bufano le falta mucho para ser un verdadero poeta.

"Canciones de mi casa" es un libro lindo que tiene graves fallas.



Los versos son a veces vulgares y prosaicos, la rima es defectuosa y en ocasiones "demodée", los motivos y las metáforas se repiten con pobreza, el autor parece que no conoce hondamente su arte. Y ya se sabe que no puede dejarse librada una obra de belleza a quien concibe y realiza por intuición solamente...

Pero todo ello no alcanza a restar la suma de juventud, de idealidad, de corazón, de anhelo promisor y de afán esperanzado que se levanta de este hombre sin complicaciones, con el esfuerzo fácil del ala o de la llama.

Por eso decíamos que es un libro lindo...

Bufano ha hecho con este libro una labor insegura y desigual, que en algunas páginas decae tras el surco humilde de Evaristo Carriego, e sigue el vuelo breve de los gorriones traviesos de Fernández Moreno... y que en otras, adquiere el relieve de las cosas propias, cultivadas y cosechadas en su jardín, con el cuidado amoroso y romántico de su espíritu.

"La invitación a la siembra" tiene demasiada similitud con "La invitación al hogar" del "Intermedio provinciano" de Fernández Moreno...

Por lo demás, las inquietudes de la vida casera, el amor de la esposa, la sobremesa familiar, la cocina florida, la llegada de los hijos que ríen o lloran,—todos los matices del hogar—surgen anegados de ese perfume ensoñante de los jazmines del país...

Esta poesía doméstica,—sin alto vuelo pero con honda emoción,—no deja de dar una nota bellísima en el desorden multicolor de la poética novecentista. Es cierto que no todos la sienten, y que su técnica, a fuerza de sencillez, es más compleja y difícil de lo que parece. Bufano tiene amor por ella, pero casi siempre se vuelve afectado o vulgar...

Le falta todavía el dominio cierto de las emociones y de las expresiones: tiene que redimirse aun de muchas cosas: necesita hallar el alma y el sentido apropiado para determinar exactamente las bellezas que lo rodean: ha de saber situar y expresar bien sus versos, que deben ser en el fondo y en la forma simples momentos emocionales fijados para la vida entre el montón de las palabras rítmicas...

El poeta tiene en sus manos la explotación de una veta de oro, que otros perdieron antes de tiempo, pero ha de entrar en ella, — no con intuición sino con dominación,—y esto debe conquistarlo estudiando, reformando, mejorándose...

A su juventud idealizadora confiamos la empresa de floridos nardos que promete.—T. M.

**Modos de ver**, por Martín Gil.—Cooperativa Editorial.—Buenos Aires. 1920.

A trueque de que alguno nos tome como espíritus fácilmente conquistables por los superlativos, vamos a decir que en Martín Gil, el

popular astrónomo de Córdoba, hay un formidabilísimo literato. Y es su literatura de las buenas (de las buenas a nuestro juicio): de esas sin cold-cream, ni lentejuelas, ni faramallas. Al pan, pan, etc. Decir las cosas bien y con pocas palabras. ¡Qué ejemplo de estilo animado! ¡Qué desbordar de luz, de líneas y de color! Sus acuarelas de la Pampa (tipos y paisajes), son admirables. "Modos de ver", no es un libro nuevo, pues que en 1903 apareció el tiraje inicial. Se trata de una reedición. Pero valiosísima, justificada. Porque libros así resultan un oasis. Como en el cuadro "Las hilanderas" de Velázquez, se puede afirmar que el aire circula entre las figuras. La sugestión de la naturaleza es tan grande, que nos creemos en el campo libérrimo, aunque nos hallamos sumidos en la atmósfera mefítica de un mal café de barrio. Y Martín Gil tiene gracia, es decir: humorismo. ¿Hemos dicho humorismo? Definamos esta condición espiritual como lo hace González Blanco: amalgama de genio cómico y de genio trágico. Es decir, que si nos reimos nos reimos con gravedad. Y no se crea que vamos a apurar la paradoja. Si nuestro temperamento no nos llevase a lo "personal", si no estuviésemos persuadidos de lo estúpida que es la imitación (estúpida por vana), nosotros, al pintar el campo, copiaríamos los procedimientos peculiares de Martín Gil (pero, lo fundamental, la esencia, en este caso, como en infinitos otros, ¡ay! es inasequible). A veces, el autor cuenta pequeños episodios, andanzas pintorescas. A veces, surge el astrónomo que divulga ciencia, haciendo dialogar artísticamente a la tierra, y el sol, y la luna... Pero siempre hay un literato. Un literato sin afectaciones, henchido de naturalidad. Y es este su encanto. ¿Castizo, en el sentido que le dan a este vocablo los "puristas" de América?... No. Castizo en cuanto hay de esencial y racial. Claro, con la claridad evocadora de una noche de luna. Diáfano, como el raudal cristalino que se desborda por las vertientes de sus montañas nativas. Siempre ameno, siempre grato. No podemos contener nuestro entusiasmo. Hasta advertimos que estamos glosando con una espontaneidad que no es nuestra espontaneidad y un estilo que dista un poco de nuestro estilo. ¡Contagio! Contagio, sin duda. Temeríamos defraudar al lector que busque el libro, inducido por nuestro entusiasmo. Bien saben los que gustan de esta sección que no siempre pecamos de lisonjeadores y de amables. Mucho de extraordinario debe haber en este volumen, cuando corre, con un dinamismo inusitado, nuestra pluma premiosa. Acaso sea que "Modos de ver" coincide en algo con nuestros modos de ver o con lo que nosotros quisiéramos que fueran nuestros modos de ver. En fin, para perpetuidad (y cordialidad) de la especie, no todos los gustos son iguales. Tal vez alguien repute sandio este libro que a nosotros tanto nos satisfizo. — V. A. S.